

suave y de un color muy vivo que les cubre el cuerpo.

El traje de las mugeres, cuando consiste en vestidos del país, es igual para todas las edades; pero allí como en todas partes se diferencia según la clase y fortuna de la que va empacuetada en trages procedentes de las fabricas de Inglaterra. Adquieren por medio de cambios, particularmente de ganado de cerda, las indianas y cintas que en el día las desfiguran. Lo que generalmente usan todas son los sombreros de paja para cubrirse la cabeza, y que ellas mismas fabrican con las cortezas tiernas y maceradas del *purao*, ó con la paja de una planta gramínea llamada *mau*. Estos, que son mucho más raros, son satinados, brillantes, y tienen todo el lustre de los sombreros de paja de arroz ó de Italia. Todo su vestido se compone de dos grandes pedazos de tela dispuestos con arte: el primero blanco como la nieve ciñe la cintura y toda la parte superior del cuerpo: las dos estremidades están unidas y forman un pliegue que las sujeta para caer con gracia. Una larga capa, igualmente blanca, les cubre los hombros: las dos puntas se atan por encima de aquellos, caen sobre los brazos, que quedan libres, mientras que el resto de la tela da muchas vueltas por la cintura, y vuelve á subir para tapar á medias el pecho, mas bien por mera forma que por principio de pudor. Esta especie de túnica exterior solamente se usa en los días de ceremonia; pues en sus casas ó cabañas están medio desnudas. En tiempo de lluvias este mismo traje antiguo es de una tela mas gruesa, parda ó color de castaña por fuera y con una capa de goma por dentro para que no se cale. Las jóvenes, y sobre todo las mas coquetas, tienen sobre los hombros una especie de pañoleta estrecha muy blanca formando cuadriláteros calados. Todas las mugeres sin distincion van descalzas. La parte mas brillante de su adorno es sin contradiccion el

gusto que tienen para las guirnaldas de flores, que son de mil especies, pero generalmente prefieren al brillo de las corolas los tallos ajados pero olorosos de la albahaca por ejemplo. Esta planta que se ha introducido en Taiti se ha propagado mucho, y las mugeres llevan en la cabeza grandes matas de ella ya ajada. Ordinariamente es la flor del *hibiscus rosa de China* el que entrelazan para formar sobre la frente un ancho hacecillo, tanto más notable cuanto que esta flor tiene el brillo mas vivo del bermellon unido al carmin. Algunas jóvenes forman tambien coronas con ella. Otra flor que tambien aprecian mucho las mugeres es el *gardenia*, cuyo olor es muy suave y penetrante; atraviesan los lóbulos de sus orejas con largos tubos de sus corolas virginales que se ajan muy pronto. Algunas llevan perlas finas ensartadas en lugar de pendientes, pero solamente en un lado. Esta costumbre de ponerse flores en las orejas es tanto mas notable cuanto que hoy día se echa de ver casi entre todos los pueblos malayos de las islas de la Sonda ó de las Molucas. En Taiti las mugeres se hacen tambien flores contrahechas que se ponen tambien en las orejas. Las hacen con hojas oleosas, con flores á que dan un sentido ó suponen ciertas propiedades; las que atan á un palito, y que conservan mucho tiempo. Acaso este uso es propio de las muchachas; acaso son dádivas de amor; esto es lo que ignoramos. Perfuman sus vestidos con las nueces ó fruta del tumau (*callophillum inophillum*).

Para preservarse la cara de la accion demasiado viva del sol, tienen generalmente las mugeres una visera de hojuelas de cocotero, que ellas llaman *niao*: tambien han adoptado esta costumbre muchos hombres, particularmente los jóvenes.

La fabricacion de telas es la principal ocupacion del sexo femenino, y aunque la han descrito frecuen-

temente merece fijar la atención. Trabajo costaría en efecto el creer que con unos medios tan imperfectos y tan sencillos al mismo tiempo, hayan podido estos pueblos trazarse vestidos tan ingeniosos y tan cómodos, empleando cortezas de árboles. Hasta ahora no han hecho mención los viajeros mas que de la morera papirifera ó el *brussonelia* como el vegetal que suministra su *liber* para fabricar las telas muy finas; pero este árbol que sirve para los mismos usos en la China y en el Japon, es raro en Otaití, aunque lo cultivan; en el día no emplean mas que sus fibras, de que tejen sombreros ó una especie de pañoletas muy ligeras. Hay muchos árboles de que sacan utilidad los otaitianos, pero el que surte de vestidos á casi toda la población, es el árbol del pan. A este efecto se escogen las ramas mas nuevas y mas tiernas, se rajan á lo largo y se despojan fácilmente. Su *liber* ó libro es espeso, compuesto de muchas capas, revestido de un jugo gomoso muy tenaz, muy propio bajo el mazo para que las fibras se ligen entre sí, y para permitir que se extiendan anchamente á medida que pierden en espesor. Se ponen á macerar estas cortezas por tres días, á fin de que se les caiga la epidermis que las cubre, y se guarda frecuentemente la hoja del *liber* que está mas inmediata á las fibras, que está teñido en color de castaña. Agregándole á las otras cortezas, sirve para dar mayor espesor á la tela que se usa en tiempo de aguas, al mismo tiempo que esta toma el color pardo que la distingue.

Ademas de la morera del papel reservada principalmente para los tegidos muy finos, y del árbol del pan, llamado *uru*, que es universalmente empleado, se sirven estos isleños en caso de necesidad de las cortezas del *ibiscus tiliaceus*, de las de un árbol de hojas lanceoladas, llamado *orceaua*, de la corteza del *traily* ó plano de Cook (*aleurites triloba*), de la del ta-

manu, y de las de algunos otros cuyos nombres no sabemos.

Antes de empezar su preparacion, ponen las mugeres á macerar las cortezas en agua; en seguida llevan la pasta á un local donde se fabrican las telas, y que se llama *hao*: los pedazos de pasta no tienen entonces mas que tres ó cuatro pulgadas de ancho sobre un largo determinado, y las particulas que se desprenden se conservan con cuidado para tapar los agujeros cuando se abre la tela, lo cual sucede á menudo cuando se empieza á batir. Amasadas estas cortezas se colocan sobre un madero un poco grueso, y se empieza la operacion sirviéndose de una pala que llaman *eyeyé*. Este instrumento que tiene quince pulgadas de largo es hoy muy conocido en Europa; regularmente es cuadrilátero, cada cara tiene pulgada y media de ancho, y cuatro ó cinco el mango: es de una sola pieza y de una madera muy dura. La primera cara, esto es, la que se emplea al principiar la operacion, está estriada longitudinalmente con rayas bien marcadas y en corto número; en la segunda cara son menos profundas las estrias ó ranuras, pero se aumenta el número; sigue por el mismo orden la tercera, y por último, la cuarta está toda cubierta de estrias muy finas y sirve para concluir la tela dándole la última mano.

Entonces estando la corteza constantemente humedecida con almidon, y manteniéndola fresca entre paquetes de hojas de *mape*, vuelven á majarla de nuevo en el mismo sentido con muchos *eyeyé*. Ponen cuidado en no batir sobre el mismo punto, y van dando los golpes inmediatos unos á otros. Esta operacion dura mucho tiempo y se continua unas veces á lo ancho, otras á lo largo, de modo que las fibras sólidamente aglutinadas entre sí, formen una especie de entre cruzado que imita la trama de nuestros tegidos.

Cuando se llega á las orillas, se pone cuidado en no estender de la corteza mas que lo necesario para conservar la regularidad del cuadrado. En el dia hay cabañas destinadas á la fabricacion de las telas para los gefes y para los misioneros; las operarias son las jóvenes que han cometido algunas faltas, ó que han tenido algunas debilidades, y deben hacer cierto número de piezas en un tiempo determinado. Frecuentemente se reúnen diez para trabajar; pero en este caso una muger de edad y experimentada preside siempre y dirige las operaciones: ella da el primer golpe y sus jóvenes compañeras continúan batiendo al compás de una cancion del país. En *Barabora* es donde principalmente hemos oido con frecuencia esta armonía bastante estrepitosa, que á lo lejos y en medio de los bosques produce un efecto singular.

Las telas comunes se fabrican del modo que acabamos de manifestar. El mismo sistema se aplica á la fabricacion de las muy finas, con la sola circunstancia de que se pone mas cuidado. Algunas telas, ordinariamente muy blancas, destinadas á ponérselas sobre los hombros, presentan dibujos calados. Las hacen con las paletas ordinarias; pero cuando se va adelantando su conclusion, se echa mano de un instrumento hecho á propósito, cuyas caras están cubiertas de círculos cuadriláteros, que se imprimen en la tela, y que disminuyendo el espesor de la corteza, aplica en ella los dibujos esculpidos en el instrumento.

No contentos con haber conseguido vestirse por medios tan sencillos, han querido los otaitianos perfeccionar los productos de sus fabricas. Su suelo les ha proporcionado materiales para tintes que no desperdiciarían nuestras fábricas, y tienen sobre todo un color rojo que gozaría de un magnífico brillo si conocieran el modo de hacerlo permanente. Este color se saca sencillamente esprimiendo el fruto de una higue-

re que crece en todos los bosques de las montañas, y que llaman *maki*. El higo del *maki* (1) tiene apenas el tamaño de una avellana, y está pegado á lo largo de las ramas en que abunda mucho y es poco alto. Su jugo interior es verdoso así como el epicarpo; la materia colorante roja se disuelve en el agua, y se aviva con el jugo astringente y acidulo del fruto de un sebesto. El color del *maki* participa del de el bermellon unido al carmin y toma un tinte brillante. Hemos visto las manos de algunas mugeres ocupadas en teñir las telas, que las tenían tan encarnadas como si las hubieran metido en un baño de púrpura; pero este color tan brillante se pierde en las telas porque sería necesario para fijarlo emplear el alumbre ó alguna otra sal muy activa. Con este color pintan ordinariamente el centro y las puntas de las grandes vestimentas que se ponen. Los dibujos del centro carecen de forma, pero los de los ángulos representan un follage recortado y elegante que imprimen sirviéndose de hojas de un gracioso helecho de las montañas nombrado *crimu*. Mojan este helecho en el tinte colorante sacado siempre en frio, y por este medio hace el oficio de plancha, á propósito para transmitir sus formas y recortes. Este encarnado se llama *meauteute*.

También tienen estas telas de corteza de árbol con un color de canario bajo llamado *mearearea*. Este color lo sacan de un árbol llamado *nono* (2).

Los repetidos lavados en agua corriente, empleando las hojas de un convólculo, no de enredadera llama-

(1) *Ficus tinctoria*, Forster, Prod., número 403. *Fol. oblique ovatis, obtusis, recept. turbinatis, basi calyculatis. Ins. societatis*. Persoon, t. 2, pág. 610.

(2) *Morinda citrifolia*. L. Rumph. Amb. 2, pág. 458. Persoon, t. 1, pág. 204.

de *puai*, en lugar de jabon, da á las telas usuales una blancura como la de la nieve.

Finalmente, estos naturales han hallado el secreto de hacer impermeables sus vestidos, dándoles con una goma de un color pardo rojizo, cuyo origen y preparaciones no conocemos.

Despues de los vestidos, es indispensable hablar del accesorio duradero, cuyas señales indelebles subsisten en la piel y que proviene del dibujo picado. Los habitantes de las islas de la Sociedad tienen pasion por este género de adorno, y han llevado al mas alto grado de perfeccion el arte de picarse. Entre ellos y particularmente en Taiti servia este adorno para indicar el rango social y los servicios prestados por los guerreros. La moda y las costumbres locales egercian tambien su imperio en la distribucion de los dibujos; pero los misioneros han prohibido bajo las mas severas penas el picado, pretestando que no servia mas que para ocasionar grandes desórdenes, por las pasiones tumultuosas que escitaba en el corazon de las mugeres que no podian resistir á un encanto tan poderoso y seductor. Los nacidos con posterioridad al establecimiento del cristianismo son, á pesar de la prohibicion, los únicos que no están picados; todos los naturales, y sobre todo los jóvenes, tienen tan vehementes deseos de agregar á sus dibujos picados algunos nuevos accesorios que prefieren marcharse á los bosques para abigarrarse allí á todo su placer. Lo que inquietaba á los misioneros durante nuestra mansion era el deseo que manifestaban varios gefes de entregarse á esta antigua costumbre, haciéndose muy embarazosa la conducta de aquellos ministros; porque la oposicion y la condescendencia tenian á sus ojos inconvenientes reales.

La operacion que se practica para incrustar los dibujos en la piel se llama *tatu*, de donde se ha for-

mado la palabra tatuage. Se ejecuta por medio de un pedacito de carey del ancho de una uña, el cual tiene en toda la orilla una porcion de dientes muy finos y agudos, y á la parte opuesta tiene un mango. Se mojan los dientes en un negro de humo que se hace de la cáscara leñosa de la nuez de Bancul (*alecorites*), y se aplica en el sitio que se quiere dibujar; entones se tiene con la mano izquierda este instrumento que se dirige, mientras se tiene en la derecha un palito con el cual se pega sobre el mango para que penetren los dientes en la dermis. Es necesario mucho tiempo y paciencia para grabar los infinitos dibujos que cubren el cuerpo de los naturales; pero estos bordados se renuevan muchas veces en el curso de la vida. Las heridas que resultan de la introduccion del instrumento se hinchan é inflaman y con frecuencia ocasionan una fiebre intensa.

El picado viene á formar una especie de vestido indeleble á unos hombres ordinariamente desnudos. Asies que los que están mas bien picados se envanecen de este adorno que enseñan con orgullo: las representaciones geroglificas varian en cuanto á los pormenores, pero todas se parecen por la disposicion general. Los otaitianos ne tienen ningun dibujo en la cara, en lo cual se diferencian de los mas de sus vecinos del mismo archipiélago. Las princesas y las mugeres de los gefes tienen las manos y piernas picadas del mismo modo y de manera que imitan guantes ó borceguies elegantes. Las mugeres de los simples ratiras tienen tambien derecho de usar dibujos picados en las nalgas y en los riñones, atributo mas especial de la alta clase. Este blason, colocado en un sitio que parece poco conveniente, se compone de numerosos círculos entrelazados, unas veces sencillos, otras formando puntas, y se terminan siguiendo la curvatura del hueso iliaco. Cada uno de ellos se compone de

una reunion de líneas formando cuadriláteros que van á parar á los dedos; y los muslos y las piernas á las partes interiores y exteriores presentan anchos bordados. Por lo comun el pecho está cubierto de soles, ídolos y otros dibujos más ó menos extravagantes. Un isleño de Pomutu se habia hecho dibujar la mitad del cuerpo en forma de tablero de damas, cuyo efecto era horrible: así es que pasaba por guerrero famoso, pero feroz y sin compasion. Uparu gefe del distrito de Matavai, no tenia mas que un pequeño cuadrado por detras de la oreja; lo que, con otras circunstancias, nos induce á pensar que se dan á esta costumbre ideas cuya clave nos es desconocida. Esta es tambien la opinion de los misioneros mas instruidos que nosotros sobre algunas de las costumbres de aquellos pueblos. Todo induce á creer que era el símbolo de las funciones de cada individuo, y las armas de las familias. El picado se practicaba desde la edad de trece á catorce años, y el operador recibia un marraño en recompensa.

Las mugeres tenian antiguamente la costumbre de llevar en señal de duelo la cabellera de sus parientes; y á veces la depositaban como ofrenda en los *morais* de los dioses. En la actualidad estos cabellos reducidos á trenzas que exigen la mayor paciencia, y que llaman *tomu*, no tienen uso, y los venden de buena voluntad á los europeos que arriban á la isla.

La construccion de las cabañas pertenece á los hombres: todas están construidas por el mismo modelo: las de la plebe son de bambúes clavados en tierra, ó de ramas del mismo grueso unidas unas con otras, pero dejando intermedios. Algunas atravesadas mantienen todas las demas. El techo se compone de amas que mantienen las hojas de *fara* (1) esta palabra fara

(1) Que Mr. Brown ha diferenciado del *pandanus humi-*

se ha dado tambien á las mismas cabañas que se llaman *faré*. Con las hojas de fara ya secas forman haces, y para colocarlas las reunen en cierto número sobre unas varas elásticas, dejando suelta la estremidad lanceolada de las hojas. Estas varas que son de la misma dimension se colocan sobre las amas, empezando por arriba, y se adaptan de tal modo entre sí que los techos de esta clase son mucho mejores para el uso que los que se hacen en los países civilizados con pizarras ó tejas. Su exterior se parece á los techos de paja de nuestros lugares, porque las partes sueltas de la fara están reunidas formando una capa espesa, quedando en lo interior de la casa el techo liso y regular.

Generalmente las cabañas de los taitianos son grandes, y el aire circula con toda libertad por entre los palos que forman las paredes. Frecuentemente en las de los pobres llueve en lo interior por los lados: los mas industriosos emplean esteras para cercar el contorno, y reservarse de los vientos reinantes y de la lluvia. La elevacion de estos alojamientos es de poca consideracion, y no se puede entrar en ellos mas que por un estrecho boquete. Por lo comun están establecidas en estas cabañas muchas familias revueltas que las habitan con una numerosa prole. Las inmediaciones de las cabañas están cerradas sin escepcion con una empalizada muy espesa y de tres pies de alto. No es posible pasar por encima á no ser por ciertas estacas plantadas á este efecto. La principal ventaja de estas cercas es la de impedir que se introduzcan dentro los animales, que dejan sueltos, y en particular los cerdos.

Las casas de los gefes son grandes y espaciosas, construidas en cuanto al exterior, como las preceden-

*lis* y que él llama *pandanus spiralis*, á causa de la insercion de las hojas que van formando espiral.

tes; pero tienen mas habitaciones, las que no están separadas con tabiques compactos, y si solo con unos enrejados. La separacion de las habitaciones no llega hasta el techo, y si solo hasta la mitad de la altura de la casa. En esta especie de gabinetes hay unas esteras estendidas sobre cuatro pies derechos ó bien tendidas en el suelo, que sirven para los individuos de la familia.

Las casas del caudal comun, que son una especie de paradores en que todo habitante de un distrito que va á otro por negocios, puede ir á tender su estera y residir, son aun mas vastas, y no tienen mas que un techo sostenido por hileras de pilares del árbol del pan.

Algunos misioneros han querido alojarse enteramente á la manera de los salvages, y entre ellos Mr. Nott. La mayor parte se han hecho construir un vasto local, cuyas paredes como las de los templos del culto, están formadas con enrejados de ramas flexibles entrelazadas y cubiertas con cal. Lo interior guarnecido de buenos pisos de madera encarnada del árbol de pan, está repartido segun el gusto europeo: solamente se ha conservado juiciosamente el método de los naturales de no levantar los tabiques hasta el techo para no impedir la circulacion del aire.

Por la disposicion que acabamos de indicar, se ha visto que las cabañas están abiertas en disposicion de templar los efectos del calor del clima. Pero esta ventaja está mas que compensada por las abundantes lluvias que caen frecuentemente en Taiti, que penetran en las habitaciones y hacen que estén húmedas é insalubres. Por otra parte los insectos no tienen estorbo alguno; mas parece que temibles á los europeos, su accion es menos sensible en la dermis endurecida de los naturales. Sobre todo las moscas y los tipulos son insoportables.

Las habitaciones de los isleños no están establecidas mas que á las orillas de la isla de Otaiti, y jamás hay muchas reunidas, porque las poblaciones que ellas forman tienen frecuentemente mucha estension á causa de esta disposicion.

El moviliario de los otaitianos se reduce á algunos muebles usuales, porque las necesidades de estos pueblos son muy limitadas, y aun no han llegado á desear objetos de pura comodidad ó recreo.

La cama de los gefes se reduce á una estera estendida sobre cuatro estacas clavadas en el suelo, al modo de nuestros antiguos catres. Lo mas comun es tener en lugar de esteras, un fuerte entretegido de varas de cocotero, que son elásticas y muy sólidas. Se acuestan cubriéndose con otra estera muy fina. La clase comun del pueblo duerme en los pliegues de una estera de paja simplemente tendida en el suelo, rellena con una poca de yerba seca, de manera que se parecen á nuestros establos.

En las paredes de la cabaña están colgados varios utensilios como sacos de red muy bien hechos, bambúes huecos para guardar el aceite de coco, algunas colquintidas vacias tambien que sirven de cajas de olor, cocos trabajados en forma de tazas, vasos ó botellas.

Sus principales utensilios de cocina consisten primeramente en una especie de moleta llamada *penu*, trabajada y formada de basalto negro muy duro, de la que se sirven para moler el fruto del pan y convertirlo en puches con otras sustancias, ó amasarle como pasta. Emplean á manera de mortero un pequeño vaso grueso y sólido, que tiene cuatro pies fuertes, que sacan de un tronco de madera ahuecándolo. Estos dos objetos son de primera necesidad y sirven para varios usos.

Los taitianos han adquirido de los navegantes to-

dos los instrumentos de hierro necesarios para construir sus cabañas y piraguas. Y hace mucho tiempo que las herramientas de fábrica europea han desterrado las hachas de piedra. Para enjabonar sus telas emplean las hojas de una campanilla llamada *pue* (convolvulus pes capræ).

La manera de comer no exige grandes preparativos. La mesa y las sillas son el suelo: entre los gefes se usa algunas veces una banqueta de madera: los cocos son los platos, vasos y botellas. Bien se ve que el servicio no es complicado, y que los dedos reemplazan en este caso los tenedores y cuchillos.

Sucede lo mismo con las naciones que con los individuos: se puede juzgar de su grado de civilización, de sus necesidades, de sus ideas, por los progresos de su industria. Los objetos de arte ejecutados por los otaitianos merecen nuestro exámen: en primer lugar citaremos las esteras que les son indispensablemente necesarias: las mugeres son las que las tejen, y su anchura y la naturaleza de su fabricación hasta dejarlas concluidas, exigen un tiempo considerable; por esta razón, estas esteras llamadas *mua*, circulan poco en el comercio de cambio: se hacen con unas tiras preparadas que se sacan de las hojas del *fora*. Se emplean diferentes métodos para tejer las esteras elegantes que sirven de paños para los gefes: estas, destinadas á cubrir el cuerpo desde los riñones hasta las rodillas, están guarnecidas por las orillas con franjas deshiladas, y parecen haberse labrado con mas escurpulosidad y con cortezas finas y sedosas.

Una de las artes que los modernos taitianos miran con descuido es la arquitectura náutica. La fertilidad de su suelo hace que tengan menos necesidad de emprender navegaciones largas. Sin embargo, estos isleños tienen un perfecto conocimiento de las islas que por todos lados los rodean, y que visitaban mas fre-

cuentemente en otro tiempo, sea como amigos, sea como enemigos. En efecto, en los grabados que nos han dejado los primeros navegantes que abordaron á las islas de la Sociedad, hemos visto las piraguas adornadas de esculturas emblemáticas muy bien ejecutadas, y de que no se descubre vestigio alguno en la actualidad. Desde que los naturales han podido reemplazar sus malos instrumentos con herramientas de hierro, mucho mas ventajosas para ejecutar sus trabajos, parece que han renunciado á pulimentar y adornar tan prolijamente como antes todas sus obras. Las embarcaciones que usan hoy son estrechas, sin puente, muy grandes, y entonces reunidas dos á dos para formar piraguas dobles, ó simplemente ahuecadas en un tronco de árbol y libres.

Estas piraguas dobles son embarcaciones de guerra pertenecientes á los diferentes gefes de los distritos: sus tripulaciones se componen de un gran número de nadadores, y la popa está habitualmente reservada para las personas distinguidas. Estas piraguas fuertemente sujetas entre sí con atravesaños de madera, están unidas por delante con una sola plataforma en que se colocan los guerreros en los dias de combate. En tiempo de paz están destinadas estas embarcaciones para llevar los regalos de puercos y de frutas que los gefes ofrecen al rey en forma de tributo. Construyen las piraguas dobles de madera blanca, y tienen de treinta á treinta y cinco pies de largo y dos pies y algunas pulgadas de ancho; lo mas comun es que el casco sea ahuecado en un solo tronco de árbol, y los bordages que las coronan están sujetos con correas de pieles de perros. La popa sobresale del agua tres ó cuatro pies y tiene la forma de un escusón. Cuando los carpinteros ahuecan la piragua dejan en su interior unos salientes en los cuales colocan una tableta que sirve de asiento á los nadadores: estos ma-

nejan sus remos con mucha union y frecuentemente á la manera de los malayos, se acompañan con canciones. Estas embarcaciones que con el mayor cuidado guardan en tierra debajo de cobertizos para ponerlas á cubierto de las lluvias, navegan algunas veces con la ayuda de una estera cuadrilátera que sirve de vela. Las piraguas sencillas necesitan por su estrechez de tener un contrapeso para que no se vuelquen; por esta razon tienen un balancero que las mantiene con solidez en la superficie del agua.

No se crea que damos todos los detalles para satisfacer una vana curiosidad: las artes que ejerce una raza humana que se quedó estacionaria son características como los atributos físicos, las costumbres, las ideas religiosas y la lengua; y las piraguas, por ejemplo, pueden servir para distinguir cada rama de las que viven en las islas del Sur. Según hemos dicho ya, las piraguas dobles ó sencillas de balancero son propias de los oceánicos; las de doble balancero de los papuas, y los *pros* de los carolinos ó mongo-pelagianos.

Los antiguos instrumentos de guerra están en el día muy abandonados, porque con el frecuente trato con los europeos han adquirido armas de fuego. Las largas lanzas de punta aguzada ó en forma de alabarda que empleaban sus padres no son en el día mas que objeto de comercio. Lo mismo sucede con las hondas que hacian con los renuevos del coco y que empleaban para tirar piedras, y cargages de bambú llenos de flechas de caña. A decir verdad no creemos que esta arma haya estado en uso entre ellos, porque la costumbre del arco y de la flecha parece haber sido desconocida de todos los habitantes de la Oceania; y estas flechas por lo que hemos visto, no debian ser muy peligrosas. El tiempo y la paciencia contribuian antiguamente á la fabricacion

de los remos de las piraguas, cuyo perfecto acabado habrian elogiado nuestros menestrales. La misma escrupulosidad empleaban en la fabricacion de sus hachas de basalto, y para pulimentar la madera se servian en lugar de lima, del pellejo áspero de la raya. A la vuelta de algunos años no figurarán mas que en los libros estos objetos que ningun pueblo civilizado se ha dignado reunir en un museo consagrado á la historia de las diversas razas esparcidas por nuestro planeta.

El *paruí* era el más singular de todos los objetos de adorno: este era el que se ponía el gran sacerdote en las ceremonias de duelo. Los taitianos tenían en algunas de sus solemnidades religiosas, algunos adornos de cabeza hechos con plumas de facton, diademas de plumas encarnadas de cotorra, adornadas con nácar, etc. Los sacerdotes en las funciones de su ministerio echaban fuera las moscas que atraían las carnes depositadas en el *morai*, con una especie de mosqueador hecho de filamentos diestramente entretegidos, cuyo mango remataba en una escultura pequeña del dios *Oro*.

Los otaitianos gustan con pasion del baile; para marcar el compás se servian de un tambor del largo de unos cinco pies, cuya caja era un cilindro hueco sacado del tronco de un árbol que dejaban en estremo delgado, y las pieles de perro que servian de parches las estiraban con cintas hechas de corteza. Su principal baile era el *pomara*, á que se entregaban muchos naturales por las noches: el baile de día se llamaba *heiva*.

Es muy notable la flauta que usan en las islas de la Sociedad, no por la dulzura de sus sonidos, sino porque los habitantes no saben tocarla sino soplando con las narices, y sin embargo los sonidos, aunque